

Trabajo Práctico de Prácticas del Lenguaje - E.E.S N°1

Profesora: Parra Florencia

Curso:1°C

Año lectivo: 2023

- Luego de leer el cuento “El marinero de Ámsterdam” de Guillaume Apollinaire, realizar las siguientes consignas:

1. Escriban los siguientes datos sobre el protagonista del cuento:
Nombre:
Profesión:
Nacionalidad:
Familiares y conocidos:
Mercadería que lleva:
Idiomas que habla:
2. Determinen qué personaje cumple la función de antagonista en el cuento.
3. Identifiquen los lugares geográficos que aparecen en el cuento e indiquen a qué país o continente pertenece cada uno.
4. Respondan las siguientes preguntas en relación al cuento policial:
 - a. ¿Cuál es el crimen?
 - b. ¿Quiénes son las víctimas?
 - c. ¿Quién es el culpable?
 - d. ¿Qué relación tiene el culpable con las víctimas?
 - e. ¿Cuál es el motivo del crimen?
 - f. ¿Quién investiga el caso?¿Lo resuelve?
 - g. ¿Cómo logra el asesino engañar a la justicia?

El marinero de Ámsterdam

El bergantín holandés Alkmaar volvía de Java cargado de especias y otros productos preciosos. Hizo escala en Southampton y los marineros obtuvieron permiso para bajar a tierra.

Uno de ellos, Hendrijk Wersteeg, llevaba un mono en el hombro derecho, un loro en el izquierdo y, en bandolera*, un hato de telas de la India. En la ciudad se proponía vender las telas y los animales.

Era a principios de la primavera y aún anochecía temprano. Hendrijk Wersteeg marchaba con paso decidido por las calles neblinosas apenas iluminadas por los mecheros de gas. El marinero pensaba en su vuelta a Ámsterdam; en su madre, a quien no veía desde hacía tres años; en su novia, que le aguardaba en Monikendam. Calculaba las ganancias que le dejarían animales y telas, y buscaba un comercio donde vender su exótica mercadería. En Above Bar Street, un señor muy correcto le detuvo para preguntarle si no buscaba comprador para el loro.

—Este pájaro me convendría —dijo—. Necesito alguien que me hable sin tener que contestarle. Vivo solo.

Como casi todos los marineros holandeses, Hendrijk Wersteeg hablaba inglés. Fijó un precio que el desconocido aceptó.

—Sígame —le dijo este—. Mi casa queda bastante lejos. Usted pondrá el loro en una jaula que tengo allá. También me mostrará usted sus telas, y puede que encuentre alguna de mi gusto.

Feliz con ese éxito imprevisto, Hendrijk Wersteeg siguió al caballero. Por el camino hizo el elogio del mono; era, decía él, de una especie rarísima, que se aclimata muy bien a Inglaterra y que, por lo demás, se aficiona al amo.

Pero Hendrijk Wersteeg dejó de hablar cuando entendió que perdía el tiempo: el desconocido no respondía, ni siquiera parecía escucharlo. Siguieron su camino en silencio uno junto al otro. Nostálgico de la selva natal, el mono gemía como un recién nacido, y el loro, asustado por la bruma, batía las alas. Habían andado una hora, cuando el desconocido dijo bruscamente:

—Estamos cerca.

Habían salido de la ciudad. Grandes parques cercados por verjas flanqueaban el camino; de tanto en tanto, brillaban a través de los árboles las ventanas iluminadas de un *cottage**, a lo lejos, en el mar, clamaba, siniestro, el toque intermitente de una sirena.

El desconocido se detuvo ante la verja, sacó una llave y abrió una puerta, que volvió a cerrar cuando estuvieron dentro. El marinero estaba preocupado. Apenas si distinguía, en el fondo del jardín, una casita de aspecto bastante recomendable. Por sus persianas cerradas no escapaba luz alguna. El hombre silencioso, la casa sin vida, todo eso era por demás lúgubre.

Pero Hendrijk recordó que el desconocido vivía solo. “Es un tipo original”, pensó. Y como un marinero holandés no es bastante rico para que nadie piense en desvalijarlo, se avergonzó de sus momentáneos temores.

—Si tiene usted fósforos, alúmbreme —dijo el desconocido, introduciendo su llave en la cerradura de la puerta del *cottage*.

El marinero obedeció y, el otro, una vez adentro, trajo una lámpara que iluminó una sala amueblada con gusto. Hendrijk Wersteeg había recobrado la tranquilidad, y confiaba en que su extraño compañero le compraría buena parte de sus telas.

El desconocido, que había salido de la sala, volvió con una jaula.

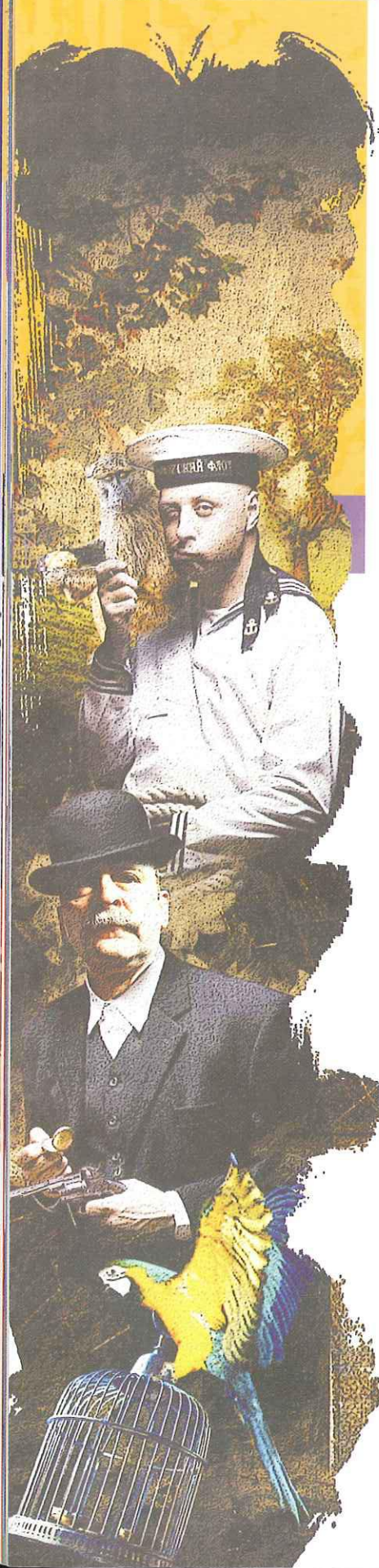
—Ponga aquí el loro —dijo—. Cuando se haya acostumbrado a la casa, y haya aprendido a decir lo que yo quiero, le pondré un aro en lugar de una jaula.

Después de cerrar la portezuela, pidió al marinero que tomase la lámpara y entrase en el cuarto vecino, donde podría desplegar las telas en una amplia mesa. Hendrijk obedeció y entró en esa habitación. La puerta se cerró tras él. Oyó el rumor de la llave en la cerradura: estaba preso. Confundido, dejó su hato sobre la mesa y trató de embestir la puerta, para forzarla; pero una voz lo contuvo:

—¡Un paso más y dese por muerto, marinero!

Al levantar la cabeza, Hendrijk vio por un *tragaluz**, en el que no había reparado hasta entonces, el caño de un revólver que lo apuntaba. Aterrorizado, quedó en suspenso. Imposible luchar. De nada le servía en la emergencia su cuchillo; aun el revólver le habría sido inútil. El desconocido lo tenía a su merced. Se escudaba tras del muro, a un costado del tragaluz. Desde allí podía vigilar al marinero. Solo era visible la mano que empuñaba el revólver.

—Escuche bien y obedezca —dijo el desconocido—. El favor que usted me hará, aunque



forzado, será recompensado generosamente. Pero la decisión es mía. Usted me obedecerá sin chistar. De lo contrario, lo mataré como a un perro. Abra el cajón de la mesa. Encontrará un revólver de seis tiros, cargado con cinco balas... Tómelo.

El marinero holandés obedecía, casi inconscientemente. En su hombro, el mono lanzaba gritos de terror y temblaba. El desconocido prosiguió:

—En el fondo del cuarto hay una cortina. Córrala.

Una vez que corrió la cortina, Hendrijk vio una alcoba, y en ella, atada de pies y manos, sobre la cama, a una mujer que lo miraba desesperada.

—Desate a esa mujer y quítele la mordaza —dijo el desconocido.

Cumplida la orden, la mujer, joven y de admirable belleza, se acercó al tragaluz, cayó de rodillas y dijo:

—Harry, esta es una trampa infame. Me has traído aquí para asesinarme. Fingiste haber alquilado esta casa para que pasáramos en ella los primeros días de nuestra reconciliación. Pensaba haberte convencido. ¡Creí que te había convencido, que estabas al fin seguro de que no soy culpable! ¡Harry, Harry, soy inocente!

—No te creo —dijo secamente el desconocido.

—¡Harry, soy inocente! —repetía con voz quebrada la muchacha.

—Son tus últimas palabras. Las conservaré y las escucharé toda la vida. La voz del desconocido vaciló, pero se recobró inmediatamente.

—Te quiero aún —agregó—. Si te amara menos, te mataría yo mismo. Pero no puedo porque te amo... Ahora, marinero, si antes de que yo haya contado hasta diez usted no mata a esa mujer, caerá muerto junto a ella. Uno, dos, tres...

Antes de que el desconocido hubiera llegado a cuatro, Hendrijk, enloquecido, disparó sobre la mujer que, siempre arrodillada, lo miraba fijamente. La víctima cayó de cara al suelo: había recibido el tiro en la frente.

Pero enseguida un segundo disparo, hecho desde el tragaluz, alcanzó al marinero en la sien derecha. Hendrijk se desplomó sobre la mesa, mientras el mono, con agudos chillidos de espanto, se escondía en su saco.

Al día siguiente, unas personas que al pasar habían oído ciertos gritos extraños en un *cottage* de las afueras de Southampton, avisaron a la Policía. Los agentes llegaron rápidamente y forzaron las puertas. Encontraron los cadáveres de la muchacha y del marinero.

El mono abandonó la camisa de su amo y saltó a la cara de uno de los policías. Tanto se asustaron los hombres, que retrocedieron unos pasos, y antes de atreverse a aproximarse de nuevo, lo mataron a tiros.

La justicia dio su informe. Era evidente que el marinero había matado a la muchacha, y que luego se suicidó. Pero las circunstancias del drama no dejaban de ser misteriosas. Los cadáveres fueron identificados sin dificultad. Lo que intrigaba a los agentes era cómo Lady Finngal, esposa de un *par** de Inglaterra, pudo hallarse a solas, en una aislada casa de campo, con un marinero que había desembarcado la víspera en Southampton.

El propietario de la finca no pudo hacer a las autoridades ninguna revelación satisfactoria. Había alquilado el *cottage* ocho días antes del drama a un tal Collins: usaba gafas y una larga barba roja, que muy bien podía ser postiza.

Lord Finngal llegó de Londres a toda prisa. Adoraba a su mujer, y su desesperación inspiraba lástima. Como a todos, el caso le parecía inexplicable.

Después del hecho, se retiró de la vida mundana. Vive en su casa de Kensington sin otra compañía que un sirviente mudo y un loro que repite sin cesar:

—¡Harry, soy inocente!

Guillaume Apollinaire, *Cuentos memorables*, Buenos Aires, Deucalion, 1955.

En *bandolera*: en forma cruzada.

Cottage: palabra inglesa que designa una casa de campo.

Tragaluz: ventanita abierta en el techo o en la pared.

Par: título de dignidad otorgado en algunos países.

PARA EMPEZAR

• Resuelvan oralmente las consignas que siguen.

a. **Mencionen** los motivos por los cuales los personajes van a la casa ubicada en las afueras de la ciudad.

b. **Lean** las palabras que dice el loro y **respondan**: ¿de quién las oyó y en qué circunstancias? ¿Dónde se encuentra en el momento en que las repite? ¿Por qué el desconocido asegura que escuchará toda la vida esas palabras?

EL AUTOR

EL CONTEXTO



Guillaume Apollinaire es el seudónimo del poeta, novelista y ensayista francés Wilhelm Apollinaire de Kostrowitsky (1880-1918). Participó en varias revistas literarias, donde publicó sus primeras poesías y escribió una serie de artículos en defensa de las corrientes artísticas modernas, como el cubismo y el surrealismo. Si bien fue un innovador en el campo de la poesía, en sus cuentos conserva la estructura tradicional.

DEL DICCIONARIO A LOS TEXTOS

1. **Subrayen** en el texto las palabras que se relacionen por su significado con la oscuridad o la penumbra. Por ejemplo: *anochece*.

2. **Copien** en sus carpetas las palabras empleadas por el narrador y por el marinero para referirse al comprador del loro.

• **Señalen** cuál es la palabra o la expresión que se repite con mayor frecuencia y **respondan**: ¿qué ocurriría con el desenlace del cuento si ese personaje fuera mencionado por su nombre y apellido o por algún rasgo físico que permitiera reconocerlo?